

escoria que macula el ambiente de una sociedad que tiene pleno derecho a mantenerse limpia de inhumanas lacerias, nadie tiene derecho a suponer en mis apreciaciones personales, eminentemente nobles, licenciosas tendencias. Me concreto, como veis, al análisis de las causas determinantes de hechos inconcusos, para cuya represión han sido inútiles desde el principio del mundo las trabas ilusorias de la moral social, como lo comprueba el incremento alarmante que toman al presente el infanticidio y el aborto, crímenes monstruosos que precipitan dolorosamente la degeneración espiritual y fisiológica de la humanidad. Lo malo no está en conocer y estudiar estos hechos, animados de un hondo anhelo de atenuar sus efectos, sino en desconocerlos o negarlos. La verdad de la vida no concuerda con las leyes morales existentes, por la razón suprema de que ella, eterna y única, es «la ley».

¡Bajo el polvo de cuántas civilizaciones no ha estado preso en el alma femenina—como un ave celeste—este ideal de regeneración! Hora es ya, hermanas, de que impongamos el cauterio de la verdad salvadora a las llagas que nos corrompen y degradan. Nosotras, en esta hora trascendental, somos como unos tristes médicos impasibles congregados alrededor del lecho donde, bajo una sábana de oro, sabemos que se pudre algo muy grande. Estamos obligadas a apartar el suntuoso cobertor y a ver la faz roída del paciente, que es nada menos que la patria misma. Sería funesto equivocarse, en esta hora suprema, el tratamiento de la dolencia repulsiva y múltiple que amenaza de muerte cuanto amamos!

Proteger, asistir, socorrer a las madres desvalidas; someter a cuidados especiales el agotado organismo de la mujer en el período de la gestación, es una necesidad imperiosa; es un empeño santo; mas no basta. Yo os pido más aun. Yo os pido el socorro moral, el auxilio espiritual que redime, que consuela, que cura, que levanta, para todas las madres! Robustecer por la atención material cuerpos de madres para provecho de la salud y el esplendor físico del fruto humano que de su carne y su dolor se cuaja, si es lo más importante de momento, es problema de fácil solución. Lo grande, lo perdurable, lo radical, lo verdaderamente digno de voluntades de mujer, es salvar el concepto de la Madre, es devolverle su majestad augusta como principio y símbolo grandioso de la vida inmortal.

Y si se me pregunta que quién infama al ídolo supremo del amor de los hombres, yo os voy a responder:

La sociedad, que despiadadamente la condena cuando el misterio de la fecundación se realiza en su seno sin su expresa sanción; el gozador sin conciencia, que después de haber sembrado en sus entrañas generosas la semilla del dolor infinito, divulga y comenta entre el coro de amigos disolutos el sabroso sabor de su fortuna; el hijo, el niño, ¡el niño!, que debiera ser espejo de su radiante majestad, cuando en mitad del arroyo lanza al hijo de otra la canallesca afrenta, como ardiente saeta de rencor; la letra de molde, voladora, proteica, inacallable, que recoge en colores encendidos la historia de la violación brutal, del incesto monstruoso, del más reciente escándalo social salpimentado con maliciosa y vil delectación; y por último, hermanas, para ser justa de una vez, ella misma, la madre, que se inmola, que se crucifica en la cruz de una ultraterrenal resignación; ella, que se oscurece, que se doblega, que se rebaja desde el principio del mundo, por no tener el valor de rebelarse, de levantarse, una e innumerable, a exigirle a los hombres que por ella respiran y razonan, respeto y devoción!

En suma, y para tratar de compendiar prácticamente en unas cuantas líneas generales mi magna aspiración, me atrevo a proponer a la consideración de este Congreso el siguiente proyecto:

1.º—Creación de un establecimiento especial, mitad clínica, mitad escuela, donde las madres pobres y sobre todo aquellas agotadas en el diario trabajo de los obradores, cuyos salarios son siempre exigüos, reciban durante un período prudencial alrededor del momento culminante de la gestación, cuidados especiales, tierna y sabia asistencia de manos de enfermeras preparadas, encaminada no sólo a su reconstitución fisiológica, sino a su mejoramiento espiritual, tan beneficioso en ese excepcional momento en que moral y físicamente se desdobra una vida. Que no se concrete la acción caritativa a surtirle de alimentos para su personal sostén, o a la dádiva de unas mudas de ropa con que cubrir al hijo cuando nazca. Nada ejerce más benéfica influencia en el alma de la que guarda la sublime dulzura de mecer en sus brazos a su hijo, que el imaginarse por un instante capaz de trabajar gozosamente para él. La madre que confecciona por sí misma, con las manos temblorosas de alegría, la canastilla del hijo, tiene por un momento la divina ilusión de que es feliz; la que prende la azucena de un lazo en el celaje de la prenda minúscula que ha de cubrir la seda del tierno cuerpecito idolatrado, siente en su corazón los efectos de un mágico sedante. Un pequeño jardín que cuidar; una página pura que leer; el contacto de todas esas pequeñas cosas vivas, armoniosas y leves que nos besan el alma para siempre si nos rodean a la hora de los grandes silencios de la vida, ha de ser el complemento de esa casa de paz y de esperanza. Pero en ella han de tener cabida también todas las madres: las menesterosas, las abandonadas, las que llevan en el seno la flor anónima de un amor desdichado o la gota candente de un recuerdo mortal.

Recibir en la cuna de las madres a toda mujer necesitada de amparo en ese trance aflictivo, no se considerará como impremeditada ampliación de un sentimiento de piedad, de todos modos noble y respetable; sino como medida profiláctica contra el contagio vil del infanticidio, pavorosamente activo, por desgracia.

¿Qué acaso acarrearía esta medida el peligro de fomentar el aumento de las uniones ilícitas? Tal vez... Ya lo he pensado... ¡Pero no! Nunca lo haría en la misma proporción que la boca silenciosa del torno, abierta noche y día en los muros profundos de esas casas inmensas, siempre estrechas, levantadas por una dulce, por una sincera, (¿por qué no proclamarlo lealmente?) por una santa, pero contraproducente piedad. El hospicio salva una sola vida, la del hijo; pero mutilada para siempre por el dolor de su destino injusto: en el recinto de esa casa de paz con que yo sueño, se salvarían los dos, el hijo y la madre, quien no llevaría ya eternamente sobre el corazón helado el sello innoble de su renunciación inconcebible.

2.º—Que se castigue del modo que proceda, tanto al menor como al adulto, que en mitad del arroyo gritan la injuria innoble donde el nombre sagrado de la madre es afrentado pública y brutalmente.

3.º—Que se pida a la prensa cubana, qué tan gentilmente muestra su adhesión a las desinteresadas campañas de estos congresos femeninos en pro de nuestra reeducación ciudadana, que modere, que suavice cuanto le sea posible el texto de toda noticia criminal donde la honestidad de nuestras mujeres, cualquiera que sea su condición social, esté comprometida de algún modo.

4.—Que se propenda, por todos cuantos medios estén a nuestro alcance a intensificar y difundir la educación cívica en la mujer, a desarrollar en ella el carácter desde una edad temprana, a ponerla al tanto de todos sus derechos y de to-